

Si volvieran
no reconocerían el lugar
la calle, la casa
dudarían en las esquinas
creerían estar en otro lado.

Situado en mitad del poemario, el texto evidencia la segunda fase del exilio: una desubicación que se entremezcla con las referencias al desexilio que delimitara Mario Benedetti en *El desexilio y otras conjeturas* (1984), cuya propuesta condicionaba el regreso posible a un lugar imposible. Algo que experimentan quienes pasan largas temporadas en otro país, y a su vuelta ven los lugares de la infancia usurpados o transformados: una escenografía urbana completamente alterada.

Al inicio, pocos exiliados son conscientes de que tras el exilio su ser y su estar ligados al país de origen comenzarán a desmembrarse. Los lugares familiares se difuminan. Peri Rossi evoca en numerosos textos dicha imposibilidad. Es consciente de la dificultad que conlleva recuperar algo diluido y difuso. Quizás porque ya no está dispuesta a seguir comunicándose con el pasado, sino a proyectarse en el porvenir de la extranjería. Algo que comparte con María Zambrano, «el exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida, pero que, una vez que se conoce, es irrenunciable».

Lo señala también Edward Said, en diálogo directo con Plutarco. Para el crítico palestino todo desplazamiento acarrea, además de la desubicación, el efecto contrapuntístico en la mirada. Se fomenta un cambio en la forma de observar lo que les rodea. La digestión del «desestar» revela una nueva perspectiva, una revitalización del nuevo territorio, como también declarara la poeta uruguaya.

El exilio nos proporcionaba una segunda oportunidad: la de empezar a vivir en otra parte, cuando ya sabemos las dos cosas más importantes en la vida: leer y escribir. (No se consuela quien no quiere, en el fondo soy una optimista)

Consolidación del estar

Ciertamente, como defiende Peri Rossi, «si el exilio no fuera una terrible experiencia humana, sería un género literario», algo que comparte también gran parte de la crítica literaria en Latinoamérica. A dicha reflexión habría que sumarle que *Estado de exilio* serviría de escaparate para abordar los diferentes niveles de este gran exilio latinoamericano, donde el desplazamiento se trasplanta desde el rechazo hasta la integración en la nueva residencia. Es la radiografía completa de un fenómeno traumático que evoluciona hacia una respuesta contrapuntística.

Concluyendo su viaje al afuera, Peri Rossi incorpora como últimos poemas de la obra los textos: *Cercanías*, *Barnanit*, donde explora la última etapa de su migración, considerada como la integración definitiva, de clara aspiración plutárquea. En ella reúne los requisitos para aceptar el traslado definitivo, para multiplicar la patria, que ahora viene integrada por Montevideo, la ciudad de origen, y Barcelona, la residencia definitiva. La poeta relata en *Poesía Completa* que estos dos textos aparecen en 2003. Ambos se configuran como asentamiento, alejados del primer ciclo del exilio.

Fui escribiendo, entretanto, otros poemas del libro 'Estado de exilio' para completar el periplo: dolor-castración-integración-amor a la ciudad adoptiva. Por eso, el libro termina con dos poemas de aceptación y amor a la nueva vida, 'Vita nuova', llamó Dante, salvando las distancias, al enamoramiento.

Estos textos escancian los años de asimilación y el proceso de desarrollo y adaptación ante un nuevo estar en una ciudad y un idioma distintos. Sus estrofas son un canto a la aceptación, a la cicatriz de la imposibilidad, y sobre todo una declaración de amor. La última de las estrofas de *Barnanit* diluye su extranjería de forma definitiva: a partir de ahora la identidad responde a una doble pertenencia.

Creo que por amarte
intercambiaremos sílabas y palabras
como los fetiches de una religión
como las claves de un código secreto
y, feliz, por primera vez
en la ciudad extraña
me dejaré guiar por sus pasajes
por sus arcos y volutas
como la viajera por la selva
en el medio del camino
de nuestra vida.
Las ciudades sólo se conocen por
amor
y las lenguas son todas amadas.

El canto a su ciudad de acogida demuestra que Peri Rossi consolida su residencia en Barcelona, ciudad con la que se identifica, ama, y donde sigue viviendo en la actualidad. No obstante, solo nos quedaría por saber, y es algo que ella misma cuestiona, si esta forma de rendirse a la ciudad mediterránea es un amor de resignación. Una forma de esquivar su miedo a otro proceso similar de migración, quizás para no afrontar nuevamente un desexilio con esta nueva ciudad, como ya le ocurrió con Montevideo.

La autora explica esta situación contradictoria: «No regresé. Me quedé aquí. No quería repetir la experiencia de añoranza, no quería sentir una nostalgia diferente. Soy muy querenciosa con mis mismas; convivo con ellas, no quiero con vivir con otras». Algo que también indica en el poema *A los amigos que me recomiendan viajes*, dentro de la obra *Europa después de la lluvia* (1987), cuyo fragmento III lo revela con claridad: «El hombre que viaja huye. / El que se queda contempla».

En cualquier caso, la poeta expone así las tres etapas del exilio: rechazo, desubicación y aceptación. Y demuestra el dinamismo de una experiencia de cambio, de tránsito emocional, que desemboca directamente en la poesía. Un cambio espacial que sin duda, y en respuesta a las convulsiones políticas y sociales del pasado siglo en el continente, ocupa un lugar relevante en la Historia de la Literatura en Latinoamérica.

Estado de
exilio

CRISTINA PERI

ROSSI
Colección Visor
de Poesía



El universo del poeta

Nórdica Libros publica 'Hierro fumando' sobre la vida de José Hierro bajo la mirada de Jesús Marchamalo

LAUREN GARCÍA

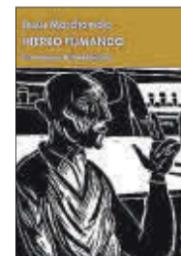
La vida de José Hierro, aderezada en jugosas anécdotas que componen la rica personalidad de un poeta imprescindible, se refleja en *Hierro fumando*, un resumen en pocas páginas cuyos espléndidos retazos sirven para conocer e interpretar a un escritor convertido en personaje. Jesús Marchamalo realiza este brillante ejercicio de síntesis, muy parecido a otras publicaciones suyas dedicadas a Kafka o a Pessoa. Las ilustraciones en blanco y negro de Antonio Santos articulan y ponen en movimiento la narración; bellas estampas para acercarse al cuerpo y el alma del poeta, el centenario de cuyo nacimiento se celebra este mes de abril con numerosas publicaciones y acontecimientos. Recientemente se ha donado su legado a la Caja de las Letras del Instituto Cervantes.

El aspecto llamativo de José Hierro escribiendo en un bar llamado La Moderna, en el mismo sitio, imbuido del pensamiento poético y ajeno al mundanal ruido, con un ducado y una copa de chinchón es la postal que abre *Hierro fumando*. Nada mejor que conocer el lugar de creación y el hábitat en que vive la palabra y se traslada al mundo. El nivel de exigencia y el proceso de escritura, en que se desembaraza de todo y solamente vale el ojo sobre el cuadro: «Páginas que copiaba y que rompía, reescribía y arrojaba después a la basura en la búsqueda, baldía muchas veces, de la palabra exacta -de diamante purísimo, decía: caminante, verano, roca, playa-, esa precisamente que convocaba el resto del poema como un

mágico hechizo». El mar de Santander con su rutilante presencia iba a formar parte de la educación sentimental del poeta y tomaría presencia en su obra: «El mar apaciguado, indolente, apenas un siseo, que se transmutaba en rugido feroz, en viento y oleaje: la espuma rebosando la escollera y batiendo las rocas en un empeño de la mitología».

Marchamalo cuenta los entresijos de los primeros años de Hierro:

Hierro
fumando
JESÚS
MARCHAMALO
Nórdica Libros
2022



«Páginas que copiaba y rompía, reescribía y arrojaba después a la basura en la búsqueda, baldía muchas veces, de la palabra exacta»

el concurso de cuentos que ganó a los 12 años, cuya precocidad asombró al jurado, las primeras lecturas de Gerardo Diego y Juan Ramón Jiménez, los escritos con el seudónimo de José H. Real... Todo hasta que vino el oprobio de la Guerra Civil, el clímax abrasador y su ingreso en prisión tras ser obligado a mentir por su edad. Una frase rotunda, llena de anhelo, les diría a los reclusos: «Desde esta cárcel se ve el mar»; además de recitarles a Juan Ramón Jiménez y a Alberti. Tras la libertad se plasma lo correosa que fue su vida en pos de la supervivencia; trabajo como escritor de biografías cobrando una peseta el folio. Llegaría después su gran toma de contacto con la literatura, coronada en 1947 con la concesión del premio Adonais por *Alegría*, con un jurado de excepción: Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y José Luis Cano.

José Hierro fue un alma inquieta que también se dedicó a la pintura como crítico de arte, o a cultivar la tierra en su finca de Nayagua; esas facetas sirven para constatar la grandeza de un escritor al que le lloverían los reconocimientos en las décadas de 1980 y 1990, entre complicaciones de salud por el tabaco y esa obra última y culminante que fue *Cuaderno de Nueva York*, con ese verso que desnorta: *Después de tanto, todo para nada*.

Hierro fumando transmite la estatura de un hombre que supo dedicarse a sí mismo y a los demás, amante de las pequeñas cosas que tocó los temas universales. Un motivo más para amar la figura de «Alguien distinto, como decían de él quienes le conocían».